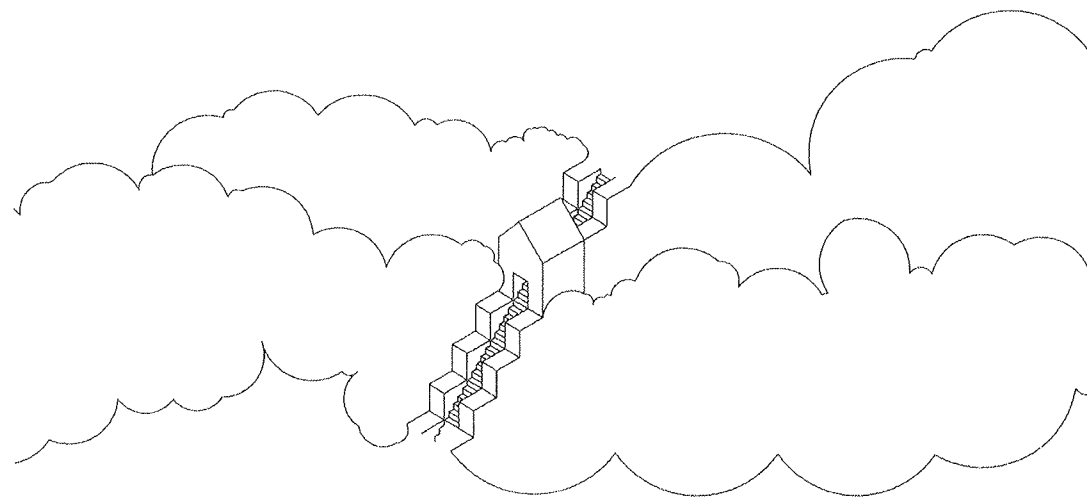


Territorio y ciudad:

la construcción de la subjetividad social

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara*



Palabras clave:
*cultura urbana,
subjetividad social,
ciudad y subjetivación,
espacio público.*

Recibido: 18-11-05
Aprobado: 26-04-05

* *Doctora en Ciencias Sociales de la UNAM. Investigadora de la Universidad Autónoma de Nayarit, México, e Investigadora Nacional II del Sistema Nacional de Investigadores. Es miembro del Sistema Nacional de Evaluación de Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.*

RESUMEN

La ciudad se convierte en un espacio de formación de sentido para quienes la habitan y también para quienes no residen en ella. A través de los dispositivos de lo urbano se construye la subjetividad social: construcción de un capital político y simbólico a partir de determinados referentes. El proceso de urbanización ocurrido en el siglo xx, con miras a culminar en el xxi, puede entenderse como un proceso de cambio de sentido, de invención de nuevas subjetividades sociales.

El proceso ha estado vinculado al momento histórico de la modernidad: al tránsito de la comunidad a la ciudad: de lo conocido a lo incierto y de lo nuevo a lo conocido, a una nueva institucionalización de sentido. Las ciudades de hoy introducen nuevos elementos para la construcción de la subjetividad social. El acceso a nuevos sistemas de oposiciones y diferencias a partir de lo construido en la ciudad; la vinculación con distintas formas de vida, religiones, culturas; la coexistencia de diversas cotidianidades en un mismo espacio, se convierten en elementos fundantes de una nueva subjetividad social que, iniciada en un territorio determinado —una ciudad específica—, traspasa los límites de ese lugar.

ABSTRACT

A city becomes a space where the formation of sense takes place for both those who live and those who do not live in the city. It is by means of the urban assets that social subjectivity is built: construction of a political and symbolic capital from specific referents. The process of urbanization occurred during the 20th century, which is about to end in 21st, can be understood as a process of change of sense and as the invention of new social subjectivities.

This process has been linked to the historic moment of modernity: to the transit from the community to the city: from the known to the unknown, thus moving into a new institutionalization of sense. Modern cities introduce new elements for the construction of the social. The availability of new systems of objections and differences on what has been constructed in the city, the linkage of a diversity of lifestyles, religions, cultures, and the co-existence of various lifestyles all together in the same space are part of the founding elements in a new social subjectivity which, launched in a particular territory —a specific city— trespasses the boundaries of such a place.

LOURDES C. PACHECO LADRÓN DE GUEVARA

Ciudad y subjetividad

La ciudad, como un espacio instituido, se convierte en un espacio de formación de sentido para quienes lo habitan y aun para quienes no habitan en ella. Los dispositivos de lo urbano se convierten en dispositivos a través de los cuales se construye la subjetividad social: construcción de un capital político y simbólico a partir de nuevos referentes. Desde este punto de vista, el proceso de urbanización ocurrido en el siglo xx, con miras a culminar en el xxi, puede entenderse como un proceso de cambio de sentido, de invención de nuevas subjetividades sociales. Para Passerini, la subjetividad es “aquella esfera de acción simbólica que abarca –tanto en el nivel individual como en el colectivo– aspectos cognoscitivos, culturales y psicológicos” (1985: 290). La subjetividad, por lo tanto, es histórica y social, es una construcción. González (1996) identifica principios comunes a la tecnología de la subjetivación en el ámbito de lo moderno: el establecimiento de un principio ordenador desde el cual se habite el mundo. En esos principios ordenadores la ciudad tiene la encomienda de formar ciudadanos como sujetos de derecho dentro de espacios definidos por un orden preestablecido. La ciudad inventa la ciudadanía junto con el ámbito jurídico-político desplegado a partir de las Constituciones. En la ciudad se crea un campo de identidades homogéneas capaces de hacer posible el proyecto de la gobernabilidad. Así es como desde el proyecto de dominación se construye la ciu-

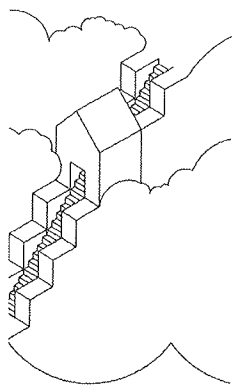
dad que requiere esa dominación y también construye al sujeto que requiere.

Las relaciones sociales y políticas están mediadas por la ciudad. Ésta supone la solidificación de la experiencia y su traducción en forma de vida. Nuestra vida en ciudad es una interacción compleja entre el medio (urbano) y nuestras vivencias en el mundo. Esta interacción ocurre en cada sociedad determinada de acuerdo con referentes genéricos que, a su vez, influyen sobre las respuestas dadas. El referente genérico de la ciudad tiene dos partes: una, material, referida a la estructura del equipamiento urbano, y la otra, inmaterial, referida a los símbolos existentes en las ciudades. Ambos actúan como ordenamientos visibles e invisibles de significar la ciudad. Se trata de la formación de la ciudad como una instancia de socialización dentro de imaginarios sociales y políticos determinados.

El uso de la ciudad está determinado por conjuntos de reglas condicionadas histórica y culturalmente. No se limita al aprendizaje de las reglas de tránsito de vehículos o de peatones, sino que también tiene que ver con los comportamientos esperados, en cada época histórica, de quiénes, por dónde y cómo transitan¹. La experiencia de la ciudad incluye los aspectos racional, sensorial y emocional-simbólico, dimensiones que la ciudad racional ha incluido teniendo como centro la ciudad racional-económica.

1. Dimensión racional. La ciudad establece los ritmos de vida de los diversos habitantes de acuerdo con el ritmo del trabajo. Es el trabajo racional-industrial lo que marca la pauta

¹ Así, en 1919 el Bando de Policía y Buen Gobierno de Tepic, Nayarit (México), prohibía a los hombres circular sin pantalones, en una clara alusión a la necesidad de reglamentar quién podía o no transitar por la ciudad y cómo debía hacerlo. La disposición tenía por objeto expulsar a los indios con sus calzones de manta del paisaje de la ciudad. Los hombres eran obligados a usar una vestimenta determinada que “desindignizara” la ciudad. Después, la disposición se volvió obsoleta, pues los hombres vestidos de pantalón occidental se convirtieron en la norma.



de la convivencia en la ciudad. De esta manera, el tiempo de la fábrica se convierte en el tiempo de los pobladores de la ciudad, que por esta vía ven determinados sus horarios de comida, descanso, vida familiar y asueto. Los traslados de personas, los horarios escolares, el tiempo del trabajo se estructuran a fin de posibilitar la producción industrial. La ciudad se convierte en racional para la productividad industrial no porque ésta sea su principal actividad sino porque la producción industrial le otorga el sentido: centraliza los trabajos existentes dentro de la ciudad y, con ello, extiende su dominio al resto de la sociedad (no industrial).

2. Dimensión sensorial. Habitar la ciudad significa participar en ella físicamente. De ella recibimos estímulos visuales, auditivos y táctiles. Se puede decir que no sólo vemos la ciudad sino que también la olemos, escuchamos, tocamos. Las personas se convierten en cuerpos sobre los cuales se establecen determinadas disposiciones. La ciudad establece las interacciones corporales que son permitidas por sexos, edades y ocupaciones. En una perspectiva de género, la ciudad sigue siendo un espacio abierto para la socialización masculina, en tanto que para las mujeres el espacio diseñado es el espacio cerrado: el hogar, la oficina, el templo, el mercado, la plaza comercial, el gimnasio. Agustín Yáñez lo había advertido en *Al filo del agua*, donde las mujeres enlutadas transitaban de la casa a la iglesia caminando culposas por la calle, por la plaza, ya que ése es el lugar de los varones (Yáñez, 1947).

3. Dimensión emocional-simbólica. La ciudad es una reserva de tradición, historia y futuro. De ahí que habitar la ciudad sea una manera de establecer relaciones con la tradición y con la historia. Vivir en una calle con un nombre determinado remite a la glorificación de ese nombre por el imaginario político o religioso. El nombre se convierte en una cita histórica a partir de la cual la memoria despliega el conjunto de actos realizados por el titular del nombre. El espacio ordena la forma como deberá estar presente o ausente el pasado. Es el proceso de selección de pasado que realiza una sociedad ciudadana (Velásquez y Zunino, 2000).

Al habitar la ciudad lo hacemos con mapas cognitivos. El ojo no sólo está educado para mirar sino también para habitar en el ambiente urbano y conocer el código de convivencia por el que las leyes de la ciudad se convierten en leyes de la circulación: de personas, bienes, información, servicios. El cuerpo se ha adaptado a las normas de la vivencia urbana: ha aprendido a calcular la distancia-velocidad de coches, autobuses, motocicletas; a tomar determinadas posturas dentro de elevadores; a calcular la distancia de los pasos en las escaleras eléctricas...

La ciudad y la modernidad

El proceso de la construcción de la ciudad ha estado vinculado al momento de la modernidad: al tránsito de la comunidad a la ciudad: de las sociedades tradicionales a las sociedades de la modernidad. De lo conocido a lo incierto y de lo nuevo a lo conocido, a

LOURDES C. PACHECO LADRÓN DE GUEVARA

una nueva institucionalización de sentido. La ciudad, como espacio de la modernidad, separó el pantalón (urbano) del calzón de manta (indio-rural). La ciudad era el lugar de lo primero, mientras que el mundo de fuera, donde continuaba lo rural, seguía conservando lo segundo. La ciudad realizó el proceso de taxonomía dentro de un sistema valorativo donde ella misma, sus procesos y sus productos se ubicaron en la cúspide de la escala, en tanto que lo más alejado a ella fue inferiorizado.

El tránsito de la comunidad a la sociedad, o de la premodernidad a la modernidad, rompió el pequeño mundo conocido donde los comportamientos de sus habitantes eran previsibles y cíclicos y los sustituyó por organizaciones abstractas e impersonales (Giddens, 1997) donde todo estaba por ocurrir. Se pasó de lo dado a lo por venir, donde lo por venir era el flujo de lo desconocido, en tanto que lo dado era el ámbito de la seguridad, ya que, al ser como es, se encontraba exento de interpretaciones.

Si bien las sociedades de la tradición (Balander, 1988) señalan los caminos por donde deben ocurrir los cambios, esos caminos parecen sumamente lentos ante las sociedades modernas, cuya esencia es, justamente, cambiar. Las sociedades de la tradición incorporan las posibilidades de los cambios dentro de cauces establecidos. Su esencia no es cambiar, pero cambian dentro de procesos controlados. Cualquiera que se asome a las sociedades tradicionales observará lentitud en la incorporación de los cambios: se trata de un proceso que asegura los cambios para permanecer.

Las sociedades de la modernidad, imbuidas del pensamiento moderno, asumen el devenir como cambio. Por lo tanto, se refieren a las sociedades tradicionales como aquellas particularidades centradas en la conservación de sí mismas. Las sociedades modernas, al romper las estructuras de las sociedades tradicionales, requieren la constitución de una nueva normalización, ya que el funcionamiento interno no les garantiza la permanencia.

La ciudad, entonces, construye una nueva normalización ante la carencia de normas comunitarias. La ciudad construye una nueva subjetividad, basada en la fuerza del Estado y en su capacidad de imponer leyes y reglamentos. Por ello, la ciudad construye, también, el tipo de habitante que requiere. ¿Cómo se construye el habitante de la ciudad, el ciudadano?

La ciudad y la escuela

La escuela se constituye en el espacio de aprendizaje acerca de la vida en la ciudad de los futuros habitantes, donde lo escrito es primordial para sobrevivir. Los letreros de las ciudades se convierten en los signos del mapa geográfico con que los habitantes se mueven en las ciudades: la capacidad de leer los signos de los nuevos códigos y de interpretarlos es la clave de la supervivencia. Construir al sujeto de la ciudad se refiere a la adquisición de los referentes de la lectoescritura, cuyo fin es su utilización en la ciudad civilizada de lo escrito (disposiciones, ordenanzas, decretos, avisos, letreros, anuncios, nombres de calles, etc.).

El comportamiento del niño, vigilado y reglamentado en la escuela, tiene como finalidad lograr el comportamiento reglamentado y vigilado del adulto en la ciudad. El aprendizaje de las jerarquías escolares se convierte en el primer contacto con las jerarquías no familiares con que se enfrenta el niño. Las autoridades escolares se presentan como representantes de las jerarquías estatales y significan la intromisión de un sistema más amplio en el pequeño espacio escolar, cuyo poder proviene de fuera de la escuela. Al mismo tiempo, su poder se expande hacia el interior del aula para moldear el cuerpo y el espíritu del niño.

La convivencia escolar prelude la socialización adulta. La separación de niños y niñas en diversas actividades escolares, la asignación de tareas diferenciadas por sexos, edades, capacidades, disposición de recursos, habilidades, lugares de origen, etc., establece los marcos en los cuales será dada la socialización en la ciudad. El niño aprende a convivir para sobresalir, para llegar a ser alguien (individualmente), para reunirse con otros en pos de lograr metas. Las diferencias con que se socializa a los niños en la escuela se convierten en desigualdades en la vida de la ciudad.

La incorporación de los niños al conocimiento formal y la valoración de estos conocimientos por encima de los saberes no formales le otorgan preeminencia al conocimiento escrito sobre el patrimonio de saberes acumulados por la familia y la comunidad. Los niños son introducidos al paradigma del conocimiento escrito como el conocimiento válido, en contraposición

al conocimiento popular, cuya veracidad se presenta como no comprobada. Por esta vía, la ciudad se muestra como resultado del conocimiento técnico y científico, en contraposición a la ruralidad, la cual aparece como el ámbito de la dispersión y la casualidad.

La escuela forma al niño a partir de la dimensión productiva. El lugar de realización de ese destino será la ciudad. Las profesiones impartidas en las universidades se pueden ejercer en la ciudad o desde ella. Los profesionales difícilmente encuentran campo de acción en las áreas rurales porque la preparación que reciben presupone un sujeto social capaz de desplegar sus conocimientos en la ciudad. Aun cuando las profesiones se refieran al ámbito rural (agricultura, pesquerías, etc.), el lugar desde donde se llevan a cabo son las áreas urbanas.

La ciudad, como espacio de la civilización, requiere normas específicas de comportamiento. Esas normas se refieren a la homogeneización de los movimientos corporales y a la domesticación de los instintos: pautas para el comportamiento en los espacios públicos que constituyen la ciudad. La escuela contribuye a la homogeneización de los habitantes al ser el lugar de la difusión de las posturas del cuerpo (a través de las posturas correctas para sentarse, leer, correr, dirigirse a los demás, etc.). La escuela adiestra a los ciudadanos a fin de convertirlos en masa. El acto de caminar, por ejemplo, deja de ser un acto individual para convertirse en un ejercicio colectivo de aula y, después, en la posibilidad de caminar igual a los otros

como estrategia de invisibilidad. Justo lo que la ciudad requería: no al individuo particular identificado con su parentela, pasado y ocupación, como en el ámbito comunitario, sino al individuo-masa, igual a sí mismo porque es igual a cualquiera. Si bien la escuela es el ámbito establecido para la interiorización del conocimiento social en cada individuo, la socialización primaria en la ciudad, aun antes del momento escolar, se convierte en el reforzador principal del complejo proceso de incorporación del conocimiento social en los individuos, en cuanto colectivización dentro del grupo de pertenencia.

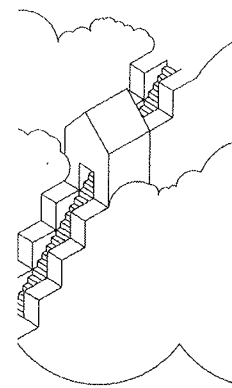
Ciudad y comportamiento público

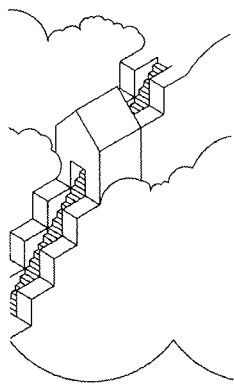
La ciudad institucionaliza los esquemas de comportamiento en lo público. El equipamiento, entre otras cosas, sujeta a los individuos a formas de caminar e impone el ritmo de los pasos, el flujo de los recorridos, la dinámica del tránsito de las mujeres, los niños y los adultos varones. La ciudad inscribe en los individuos las jerarquías con las que deben mostrarse. Así, por ejemplo, en las aceras las mujeres caminan del lado de las paredes, mientras los varones lo hacen por el del arroyo de la calle. Ello muestra (establece y fija) la necesidad de las mujeres de ser resguardadas, protegidas, y, simbólicamente, las exime de caminar en la posibilidad de una caída. La pared, lo cercano a lo cerrado, será el lugar asignado a los débiles: viejos, niños, discapacitados. Consecuentemente, el varón puede mostrar su naturaleza protectora al asumir el riesgo de la caída.

Mientras que para los varones la ciudad es el espacio donde estar, para las mujeres, es el espacio del "mientras". Es el lugar de desplazamiento desde un lugar cerrado a otro lugar cerrado: de la casa a la iglesia, de la casa al mercado, etc. Posteriormente, de la casa al trabajo, a la guardería, al supermercado. Por esta vía, la ciudad establece lugares asignados a los géneros: los varones como usuarios de la ciudad en cuanto espacio público, mientras que las mujeres son recluidas en espacios cerrados a modo de lo particular ampliado. También la ciudad inscribe los lugares para los niños, jóvenes y viejos según definiciones de cómo deben transcurrir la niñez, la juventud, la vejez. El individuo deja de inventar la ciudad porque la ciudad lo inventa a él. Una vez que lo despoja del ámbito de libertad para enraizarlo en el ámbito de lo previsible, el individuo se convierte en un actor cuyos roles sociales están determinados y cuyas conductas son previsible. Así, la ciudad, como espacio de institución de los roles, establece las rutas por donde deberá transitar la niñez hacia la adultez, fragmentada en géneros, clases sociales, orígenes étnicos, preferencias sexuales y religiosas. Crear la subjetividad del habitante de las ciudades implicó la invención de la homogeneidad como afirmación de la diferencia ante los otros.

La ciudad como construcción de la razón

Después del desencantamiento del mundo se abrió el mundo de la razón como razón del mundo: lo real debe obedecer a lo racional. Las sociedades de la tradición esta-





blecían lo permitido y, simultáneamente, marcaban el ámbito de lo no permitido. Los controles sociales eran totales: la tradición establecía la presencia de potencias mantenedoras del orden dentro del desorden humano; el mito fijaba identidades colectivas; los lenguajes asignaban lugares (jerarquías) a cosas, entes, personas. Las teorías sobre el mundo, el ser humano y lo social eran totales: se elaboraban a semejanza de otro orden supremo que contenía las formas por donde debía transitar la variabilidad. Por ello, las sociedades tradicionales establecían el cambio como un movimiento posible dentro de lo instituido. Al mismo tiempo, establecían los canales por donde debía ocurrir el cambio como *continuum*, no como ruptura.

La razón como eje del mundo realiza rupturas, vacía de contenido las estructuras tradicionales. El cambio ocurre desde fuera de la comunidad, se ubica en la lógica de la producción y, en un proceso de autonomización, en la ciencia como tecnología, fuera del alcance de lo humano. Lo humano tiene que ser excluido de la naturaleza y de la sociedad para que pueda dominarlas. El mundo se objetiviza: se lo convierte en objeto. El proceso de objetivación tiene como propósito lograr el alejamiento necesario para ejercer el dominio. El orden se define por la razón instrumental y su lugar de realización es la ciudad, colocada por antonomasia como el lugar de la razón. En tanto que el resto —lo rural, la naturaleza— es inferiorizado y colocado en el ámbito de la no razón.

A partir de la razón se construye la racionalidad como el “establecimiento de una adecuación entre una coherencia lógica (descriptiva, explicativa) y una realidad empírica” (Morin, 1982: 293). La razón se convierte en la explicación de la vida humana a partir de criterios lógicos de donde se han eliminado las potencias incontrolables y la subjetividad. La razón, así entendida, se ha convertido en un nuevo mito a partir del cual se construye una visión del mundo, se asignan identidades, se prevén futuros.

La ciudad de la razón pretende ser el lugar de la anticipación, donde las conductas, los deseos y los miedos de los habitantes tengan posibilidad de realización. Ya no el centro religioso y político como espacio visible de la vieja razón sino los circuitos de mercancías y personas como fin de la racionalización de las ciudades. Lo humano ha sido reducido a fuerza de trabajo. La objetivación de lo humano, su reducción a cosa, ha permitido la manipulación a favor del orden y la eficacia económica.

La ciudad o lo moderno instituido

Pero si la modernidad se caracteriza por la pérdida de los usos y costumbres de la comunidad, nuevos usos y costumbres se afianzan en la ciudad. Éstos están dados por la vida institucional en la que transcurre la cotidianidad de las ciudades: las instituciones sociales como ámbitos donde se modela a los ciudadanos y donde, a su vez, aquéllas son modeladas por éstos. Las instituciones señalan cómo deben comportarse los individuos, establecen la previsibilidad de las

conductas y, por tanto, liberan al individuo de la toma de decisiones. Desde este punto de vista, se convierten en espacios totales, a semejanza de la vida comunitaria. Mas, a diferencia de ésta, la ritualización de los comportamientos, lejos de conducir a mundos cerrados, conduce a prácticas rutinarias. La ciudad se convierte en una de las más importantes instituciones sociales por donde ocurre la normalización de la vida moderna. Además, la ciudad adquiere autonomía respecto de los individuos, solos o agrupados, y se sobrepone a ellos. Les impone su presencia arrolladora, establece nuevas lógicas de comportamiento, encauza la vida cotidiana, otorga nuevos sentidos y está presente en las decisiones, por más individuales e íntimas que parezcan.

Subjetividad estructurada o articulada

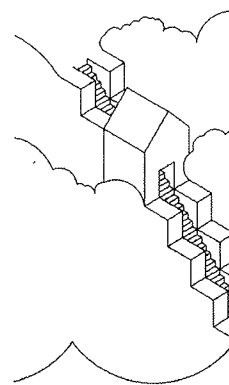
Para Bourdieu, la estructura social influye sobre la vida cotidiana de los sujetos influyendo en la construcción de la subjetividad, toda vez que el espacio de la subjetividad es el espacio de la práctica. La ciudad, en su función estructurante como “estructura estructurada” (Lindon, 2000), es el resultado de la incorporación de las clases sociales y de los principios con que son valoradas. En la ciudad, la incertidumbre se convierte en seguridad y afirmación, en una dinámica de diferencia y oposiciones. Porque los individuos ya no se conciben en mundos conocidos es posible construir nuevas homogeneidades: homogeneidades sólo posibles a partir de construir las diferencias. La ciudad se convierte en un ámbito gene-

rador de otredades que, a su vez, deben ser disciplinadas: encauzadas en espacios que les sean apropiados.

A partir del análisis de la ciudad como una estructura relacional “el orden social se inscribe progresivamente en las mentes. Las divisiones sociales se convierten en principios de división que organizan la visión del mundo social. Los límites objetivos se convierten en sentido de los límites” (Bourdieu, 1998: 481). El transporte público, por ejemplo, es el lugar en el cual los habitantes urbanos miran y son mirados; los centros comerciales son los lugares donde la diferencia puede verse, constatarse. Diferencia en la cual la subjetividad se afirma en la pertenencia a lo diferente.

Si, por el contrario, en lugar de enfatizar la estructura que conforma la subjetividad, se toma como punto de partida la subjetividad como la articulación de lo social dentro del ámbito de lo personal familiar (Tapia, 2002), se podrán vislumbrar mayores posibilidades de autonomía de los sujetos. Ése sería el ámbito de libertad dentro de lo posible.

Las ciudades de hoy introducen nuevos elementos para la construcción de la subjetividad social donde la racionalidad y la irracionalidad no se contraponen sino que son simultáneas. La ciudad, cuyo eje es la razón, se ha convertido en irracional porque el desarrollo de la ciudad, si bien estuvo vinculado al racionalismo, ha correspondido a múltiples procesos de desrationalizaciones y rerrationalizaciones. Irrupciones de lo excluido: campesinos, indios; irrupción de antilógicas como comunidades cerradas, barrios cercados, colonias



exclusivas; irrupción de procesos de individuación que atentan contra la homogeneización como supuesto de convivencia entre los grupos. Los individuos aprovechan intersticios para lograr formas de invención en ámbitos cerrados de libertad (Certeau, 1996). Por su parte, la ciudad, violenta, se despliega contra los humanos, y éstos, a su vez, reclaman su incorporación en la misma. La exclusión de lo humano regresa, porque, agazapado, se encontraba un “irracionalismo” oculto.

La subjetividad como proceso permanente

La subjetividad social, entonces, es un proceso en constante rehacer. La ciudad actual contribuye a la conformación de subjetividades mundiales, no porque en sí pertenezca a circuitos planetarios sino porque coloca a los sujetos como vitrinas desde donde ven y son vistos: los medios de comunicación (el cine, la televisión, etc.) son el acceso a otras formas de vida, son formas de diseño de espacios, de transición de cotidianidades a partir de las cuales lo personal-familiar puede reasumirse. Los medios de información comunican un movimiento del mundo cuyo dinamismo abandona lo aceptado e incorpora nuevos conocimientos (tecnología, prácticas, descubrimientos científicos, nuevas interpretaciones de lo social, espacio exterior, rituales, etc.).

El reto es preguntarse cuáles de ellos se convierten en capas de sentido sedimentadas, capaces de reestructurar la subjetividad construida desde un lugar específico, pero am-

pliadas en círculos sucesivos (Aguilar, 1995). Círculos de pertenencia que, habiendo sido originados en lo personal-familiar, se desplazan a lo individual-social y a lo colectivo-mundial. Proceso de múltiples vías donde la pertenencia a lo colectivo mundial ejerce influencia en la redefinición de lo personal-familiar.

El acceso a nuevos sistemas de oposiciones y diferencias a partir de lo nuevo en la ciudad, la vinculación con distintas formas de vida, religiones y culturas, la coexistencia de diversas cotidianidades en un mismo espacio, aun a través de la virtualidad de los medios, se convierten en elementos fundantes de una nueva subjetividad social que, iniciada en un lugar determinado —una ciudad específica—, traspasa los límites de esa ciudad y nos abarca.

Bibliografía

- Aguilar Díaz, Miguel Ángel, 1995, “La cultura urbana como descubrimiento del lugar”, en *Ciudades*, año 7, núm. 27, julio-septiembre, pp. 51-55.
- Balander, Georges, 1999, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa.
- Bourdieu, Pierre, 1988, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Certeau, Michel de, 1996, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico de Ciencias Sociales / Cemca.
- Giddens, Anthony, 1997, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la*

época contemporánea, Barcelona, Península.

González Stephan, Beatriz, 1996, "Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano", en González, Beatriz (comp.), *Cultura y Tercer Mundo. Nuevas identidades y ciudadanías*, Caracas, Nueva Sociedad.

Lindón, Alicia, 2001, "La modernidad y la subjetividad social: una aproximación a la vida metropolitana", en Aguilar, Miguel Ángel y Bassols, Mario (coords.), *La dimensión múltiple de las ciudades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 23-60.

Morin, Edgar, 1982, *Ciencia con conciencia*, Barcelona, Anthropos.

Passerini, Luisa, 1985, "Arbeitersubjektivität und Faschismus. Mündliche Quellen und deren Impuls für die historische Forschung", en Niethammer, Lutz (ed.), *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis*, pp. 290-338 (cit. por

Radkau, Verónica, "Del sujeto y de la subjetividad en la historia: un clásico y actual debate", en revista *Papeles de la Casa Chata*, México, año 3, núm. 4).

Tapia Uribe, Medardo, 2002, "Intimidación colectiva: *habitus*, subjetividad, identidad", en Gómez Sollano, Marcela (coord.), *Teoría, epistemología y educación: debates contemporáneos*, México, Unam-CHCH, pp. 187-224.

Velázquez, Maximiliano y Zunino, Dhan, 2000, "El carácter museológico de los fenómenos posmodernos", en *Enseñar a través de la ciudad y el museo*, Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires, Facultad de Humanidades, UNMP y Cultura MGP (cit. por Ariza, Lucía y Zunino, Dhan, "Cuerpos prohibidos: censura y resistencia en el texto urbano", en *Memoria del XXIV Congreso Alas* [4-7 de noviembre de 2003, Arequipa, Perú]).

Yáñez, Agustín, 1947, *Al filo del agua*, México, Lecturas Mexicanas.

